

52

martir. Sin embargo, Papias...
ción, de la que habla...
enta y sostiene...
Roma sea en Papias...
esta puede admitirse...
que aduce para...
transportado á Papias...
lizado despues por...
de allí á la de San Félix...
nion que se adopte...
mas que parece...
papa, es...
San Félix...
San Félix...
papa...
modo...
men-
ción...
ni...
para...
juzgar...
lábulo...
obras...
San Félix...
dos...
Antes de...
el cargo de...
segui-
do al...
merced al...
borrasco-
sos una facción...
antipapa á...
Ursino y promovió...
esta quedó bañada con...
res, si bien está probado...
por el intruso y por el...
el sucesor de San Félix...
Valentiniano,



dedicáronse á calumniar al legítimo pontífice, quien así como se habia mostrado superior á las violencias, probó que lo era también á las injurias, empleando la mayor clemencia con sus adversarios. Riguroso hasta el extremo, en cuestiones de disciplina, prohibió que los clérigos visitasen las casas de las viudas y de las huérfanas, y á su iniciativa se debieron algunas leyes de Valentiniano, referentes al asunto, de las que los enemigos de la Iglesia han querido en vano hacer un arma contra esta. El antipapa Úrsicino y otros siete cismáticos fueron condenados á destierro en las Galias, y San Dámaso, tranquilo al fin, pudo reunir sínodos, excomulgar á los herejes y ejercer todos los actos inherentes á su jurisdicción, celoso de la cual creó los vicarios apostólicos que en las provincias lejanas representasen su autoridad. Para darla mayor á sus decisiones, llamó á su lado á San Jerónimo que, en nombre suyo, respondía á las consultas de la cristiandad, y tuvo por confidente á San Ambrosio, que ilustraba la iglesia de Milan, en cuya silla le habia confirmado él mismo.

En un concilio celebrado en Roma, el año 369, con asistencia de noventa y tres obispos, confirmó San Dámaso la fé proclamada en Nicea, de la que fué siempre acérrimo defensor, reprobó el conciliábulo de Rimini y condenó al obispo herege Ausencio. También depuso y condenó á Apolinar obispo de Laodicea, en Siria, con sus secuaces, y á Timoteo obispo herético de Berito. Opusóse á los errores de Prisciliano, prelado de Avila, de quien se ha hablado en otro lugar, y de Macedonio, que impugnaba la divinidad del Espíritu Santo; contra éste convocó el primer concilio constantinopolitano al que asistieron más de ciento cincuenta obispos, quienes proclamaron que el Espíritu Santo es Dios verdadero. San Dámaso, con su pontificia aprobacion, reconocida hasta por Focio, hizo ecuménico aquel concilio, aunque rechazó algunos de sus cánones, como el en que furtivamente se conferia al obispo de Constantinopla el primado, despues del obispo de Roma, y la jurisdicción sobre las diócesis del Ponto, de la Tracia y del Asia. Los padres, en la epístola sinodal, recuerdan esplicitamente que se habian reunido por mandato del papa, y todos, como dice Sozomeno, se sujetaron al juicio de la Iglesia Romana, poniendo término á la cuestion sobre la Trinidad. El gran San Basilio, al surgir el cisme

del Antioquia, recurrió á San Dámaso, invocando su suprema autoridad para que socorriese al oriente, afligido por la heregía. El mismo pontifice anuló la ordenacion de Máximo Cínico, consagrado obispo de Constantinopla en perjuicio de San Gregorio Nacienceno, bastando esto para que Máximo fuese depuesto en el concilio. Y tan firme fué en presidir la Iglesia, y mantener su unidad en todas las esferas que el mismo concilio ecuménico le dió el título de diamante de la fé.

A fin de conservar esta mas pura, ordenó que se discutiesen y apurasen las tradiciones y limpió las escrituras de los errores en que habian incurrido traductores y amanuenses. Por su mandato y al indicado objeto, San Jerónimo enmendó la version latina del libro Santo, rigiéndose, para el Antiguo Testamento, de los códices hebraicos, y revisando el Nuevo con vista de los códices griegos. Con su palabra y con su sabiduria rigió San Dámaso el Occidente y el Oriente, recibiendo embajadas de los países de este último punto; restauró, adornó y enriqueció la Iglesia llamada de San Lorenzo, desecó las tierras del Vaticano, facilitó ornamentos á otros templos y decoró con versos las tumbas de los mártires; confirmó el uso de cantar los salmos, celebró varios concilios, defendió los derechos de la tiara sobre sobre la Yliria oriental, instituyó penas contra los calumniadores, dió el bautismo á Graco, prefecto de Roma y obtuvo de él que le ayudase á desterrar algunos vestigios del paganismo, como la infame tumba de Mitra y el ara de la Victoria en la Curia; en cinco ordenaciones, nombró sesenta y dos obispos, treinta y un presbíteros, once diáconos, y realizó algunos otros hechos de los que se ocupan por extenso todos los escritores que en otro lugar se han enumerado, no ha mucho. Siendo ya octogenario, falleció el año 384, fué sepultado en la Basílica levantada por él en la calle Ardeatina y trasladado despues á la Iglesia de San Lorenzo. San Ambrosio le llamó gran sacerdote, gran aposto y elegido por divina inspiracion para regir la Iglesia; el concilio de Calcedonia titulóle verdadero ornamento y gloria de Roma, y á San Jerónimo merece el dictado de virgen doctor de la Iglesia virgen. No menores elogios han sido tribntados justamente á sus sucesores.

El primero de estos, San Siricio, era romano é hijo de Tibur-

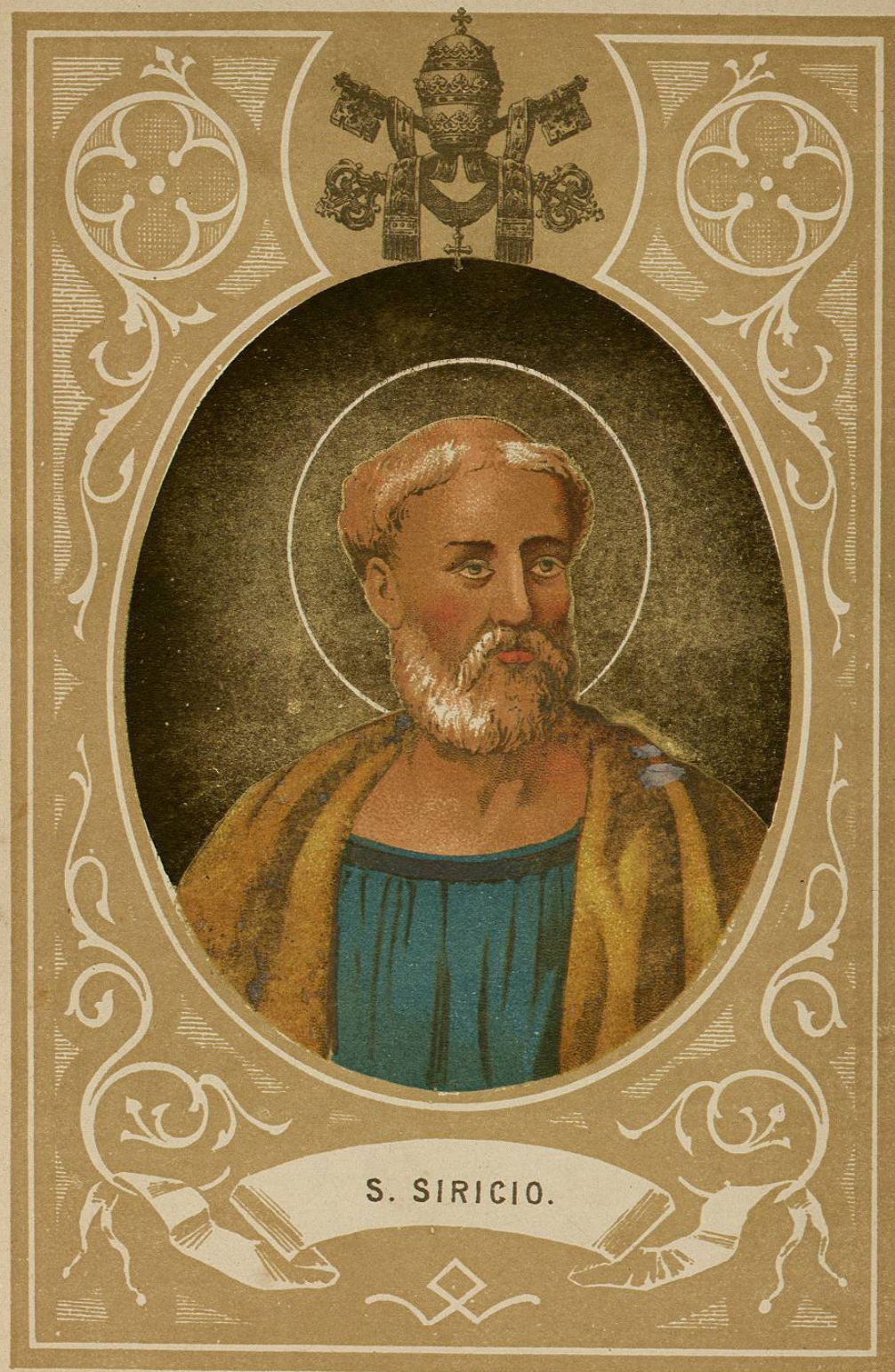


...CONFIRMADO.

... Damaso, invocando su suprema au-
 toridad en el oriente, afligido por la heregia. El
 concilio condenó a Máximo Cínico, con-
 siderado en perjuicio de San Gregorio Na-
 zianzeno, para que Máximo fuese depuesto en el
 concilio de Sardica para presidir la Iglesia, y mantener su uni-
 dad, segun las ordenaciones que el mismo concilio ecuménico le dió el
 año de 343.

Para conservar esta masa pura, ordenó que se discutiesen y
 se corrigiesen las tradiciones y se purgasen de los errores en que
 se habían traducidos y segun el mandato y al-
 to de la antigüedad de la versión latina del libro
 del Antiguo Testamento, de los códices he-
 breos y de los códices griegos. Con
 el papa San Dámaso el Occidente y
 los países de este último pun-
 to, riqueció la Iglesia Romana de San Lo-
 renzo del Vaticano, facilitó ornamentos á otros
 y á otros versos las tumbas de los mártires; confirmó
 el cántico de los salmos, celebró varios concilios, defendió
 la tiara sobre la Yliria oriental, instituyó penas
 contra los herejes, dió el bautismo á Graco, prefecto de
 Roma y de él que le ayudase á desterrar algunos vestigios
 del paganismo como la infame tumba de Mitra y el ara de la Vic-
 toria en la Curia; en cinco ordenaciones dió sesenta y dos
 obispos, treinta y un presbíteros, y realizó algunos
 otros hechos que los escritores
 que en otro lugar se han
 mencionado. Siendo ya
 octogenario, en el año 354, fue sepultado en la Basilica levan-
 tada por el papa Ardeatina y trasladado despues á la Iglesia
 de San Lorenzo. Su nombre le llamó gran sacerdote, gran aposto-
 y elegido por inspiracion para regir la Iglesia; el concilio de
 Calcedonia le llamó verdadero ornamento y gloria de Roma, y á
 San Jerónimo le llamó el dictado de virgen doctor de la Iglesia vir-
 gen. Sus obras han sido atribuidas justamente á sus
 sucesores.

San Siricio, era romano e hijo de Tibur-



cio. Entre sus disposiciones dignas de aplauso se cuentan la prohibición de que los ya bigamos ó casados con viuda se pudiesen ordenar; la confirmación de disposiciones anteriores sobre el celibato eclesiástico, y el haber establecido que las órdenes sagradas se recibiesen con intervalos de tiempo entre unas y otras y que el bautismo no fuese administrado solemnemente, sin necesidad, fuera de las épocas de la Pascua y de la Pentecostés. Condenó á Joviniano, segun se ha indicado ya, y á los secuaces del herege Prisciliano. Equivocáanse de medio á medio los que acusan á San Siricio de no haber puesto pronto y enérgico correctivo á todos aquellos errores y á los que tuvo ocultos durante mucho tiempo Rufino, monge de Aquileya, hasta que los descubrieron San Marcelo y el senador Pamaquio. La falta de fundamento de semejantes cargos está demostrada, no solo por varios apologistas modernos, sino por autores mas antiguos y tan respetables como Norisio, Fiorentini y Bollandisti. Opinan algunos que San Siricio fué el primero que tomó, en el sentido que hoy tiene, el nombre de *Papa*, es decir *padre universal*. En cinco ordenaciones del mes de diciembre creó treinta y dos obispos, veintisiete ó treinta y un presbíteros y diez y seis ó diez y nueve diáconos. Subió al cielo el alma del pontífice á fines del año 398, cuando contaba setenta y cuatro de edad, y su cuerpo fué sepultado en el cementerio de Priscila, siendo trasladado luego por Pascual I á la Iglesia de Santa Práxedes.

El nombre de Siricio, como dice Novaes, figuraba ya en el catálogo de los santos por Pedro de Natalibus, Genebrasdo, Liutprando, Spindano y otros, y se hallaba tambien comprendido en los martirologios de Beda y del monasterio de San Ciriaco, en Roma. Esto no obstante algunos se atrevieron á decir que San Siricio no habia distinguido á San Jerónimo, ni se mostró justo con San Paulino de Nola y que tampoco demostró celo para combatir los errores de los origenistas, de Rufino y de Melania. Esto fué causa de que Baronio pusiera algunas dificultades para incluirlo en el Martirologio romano, por él corregido; pero los profundos estudios verificados por hombres doctísimos hicieron plena luz sobre la inocencia y santidad de este pontífice, y Benedicto XIV ordenó que se le inscribiera en dicho Martirologio. Así, pues, tanto la voz de los creyentes como la de los hombres de ciencia, proclama

altamente que Siricio fué no menos celoso que sus predecesores en conservar la pureza de la fé, la disciplina y la unidad de la Iglesia, y en combatir toda clase de heregias. Y no solo hizo esto, sino que comenzó ya á preparar remedios contra los males provenientes de los pueblos bárbaros que se precipitaron sobre el imperio romano como sobre una gigantesca presa, y dió testimonio de que, como dice Chantrel, el Pontificado, piedra fundamental de la Iglesia, vencedor de Nerones y Dioclecianos, triunfador de la heregia y de cisma, de las seducciones y de los peligros de la propia prosperidad, se preparaba á salvar nuevamene al mundo, conteniendo á los bárbaros, dominándolos muy pronto y sujetándolos al suave cuanto eficaz yugo del Evangelio.

A San Siricio habia prestado homenaje el emperador Máximo, quien le envió desde la Galia el proceso contra los maniqueos y priscilianistas, reconociendo la incontestable universalidad del primado pontificio. El mismo pontífice vió realizarse admirables conversiones en las familias patricias de los Annios, los Gracos y los Paulinos y, como él propio dice, gozó llevando todo el peso de la Iglesia. Por lo tanto puede decirse de él hoy y siempre la frase de San Ambrosio: *Tu opinion es nuestra norma, tus virtudes son nuestro ejemplo.*

San Anastasio I, romano, hijo de Máximo ó de la estirpe de los *Máximos*, sucedió dignamente á San Siricio el año 399. A la sazón, debia preocupar á los pontífices la necesidad de conducir á los pueblos bárbaros al pié del signo de redencion y á tan sublime empresa consagró no poco estudio ni pocos esfuerzos el nuevo papa. Este de quien dice San Jerónimo que era hombre de riquísima pobreza y de vigilancia apostólica, logró tambien, con su firmeza y sabiduría; aplastar la cabeza de la hidra que, segun el mismo doctor, era entonces Rufino, titulado secuaz de Orígenes, mas que como otros muchos, ocupábase solo en desfigurar y tergiversar las doctrinas y los escritos de su maestro. San Anastasio, en vista de las perversas doctrinas que sustentaba, no vaciló en lanzar contra él, su anatema. Dícese que este mismo papa prohibió que fuese ordenado quien tuviese defecto en el cuerpo y que recibieran órdenes los peregrinos, sin presentar carta firmada por el propio obispo, en cuya última prohibicion ven algunos el origen de las *dimisorias*

